

Interpretación y psicoanálisis durante la adolescencia (*)

Mercedes Freire de Garbarino (**)

Mireya Frioni de Ortega

Irene Maggi de Macedo

Edgardo Korovsky

*No me cuenten lo que pasa
al final del
tercer acto, déjenme que yo
lo vea
sentadito en el teatro.*

(Ruben Rada.

¿Qué pasa con la adolescencia?)

El propósito perseguido en la elaboración de la presente comunicación ha sido el de exponer algunas ideas sobre un tema de por sí complejo sobre el que continuamos trabajando. En el desarrollo siguiente intentaremos:

En primer lugar, situar a la adolescencia como un período en el que se lleva a cabo un verdadero trabajo psíquico. El término trabajo está aquí empleado en el sentido de elaboración psíquica, tal como es aplicado por Freud a los sueños y al duelo.

En segundo término, referirnos al psicoanálisis de adolescentes y dentro de él al papel de la interpretación.

Finalmente, ilustrar lo señalado con un breve trozo de una sesión de análisis.

* XVII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis San Pablo, Julio de 1988

** Br. Artigas 1339, Montevideo

Seguimos para ello la línea de trabajo que el Laboratorio de Adolescentes viene desarrollando y que —como sintetizara muy adecuadamente F. Schkolnik en la exposición realizada en el Simposio de mayo de 1987 en San Pablo— investiga la hipótesis de que las crisis de adolescencia son crisis narcisistas que implican una reestructuración del ser.

Nuestro punto de vista es que la adolescencia configura un conflicto prioritariamente narcisista del cual es una expresión relevante la búsqueda de un territorio propio que pueda habitar su ser.

Creemos necesario comprender a la adolescencia como un problema de identificaciones. Es éste un período de intensificación del Complejo de Edipo ligado a las modificaciones del nuevo cuerpo al que debe habituarse. Modificaciones que se apoderan del cuerpo biológico del adolescente y que van acompañadas de demandas pulsionales y demandas que surgen de lo social. La conmoción que suponen al aparato psíquico los cambios corporales, el repentino crecimiento y su impacto sobre el yo traen aparejados un desequilibrio en la economía narcisista. Encontramos asimismo que los ideales se modifican así como los sistemas de valores infantiles.

La adolescencia es un período de pasaje, un tiempo, desde el milo que fue al adulto por venir (Winnicott). Es un tiempo de adquisiciones. Como un período de desorganización y reorganización da muestra de un verdadero trabajo psíquico que se despliega en un tiempo, con un antes y un después (noción capital para entender este proceso), tiempo en el que el aparato psíquico tiene que desarrollar una intensa actividad psíquica.

Mucho se ha hablado de la adolescencia como un trabajo de duelo por la pérdida de los objetos infantiles. Ello implica también el duelo narcisista, el duelo por el yo. El adolescente debe superar la situación edípica, debe abandonar la dependencia infantil para poder conquistar su independencia de la autoridad parental. Necesita hacer un trabajo de reelaboración diaria para conquistar su situación subjetiva de nuevo ser con existencia propia. Este trabajo será también el acceder a un cuerpo sexuado, propio (de lo fálico-castrado a lo femenino — masculino).

Al decir de Winnicott, crecer es un acto agresivo que implica ocupar el lugar del padre, matar al padre. No hay vida sin pagar el precio de una muerte, y aquí se trata de las muertes del “niño maravilloso” y la del padre del que debe desprenderse. Es una lucha en varios frentes.

Lo que aquí describimos no es suficiente para definir un proceso complejo como el que constituye la adolescencia en la que “crecer estaría dentro del orden de la verdadera creatividad, allí donde el acto creativo sería un proceso en que las estructuras pasan por un estado de transitoria desorganización para reintegrarse luego bajo un diferente estatuto” (1. Maggi).

Se ha asociado el concepto de crisis para describir el proceso adolescente. Este concepto tiene un alto valor metafórico. Como dijimos, la adolescencia es un trabajo psíquico en donde las crisis implican rupturas, cuyo contenido es fundamentalmente de origen narcisista. Esto plantea en el análisis con adolescentes la dificultad en la interpretación, ya que la transferencia tiene caracteres singulares.

Si bien no es nuestro propósito desarrollar aquí el concepto de ruptura que maneja Braconnier, recordaremos que ésta para él “se expresa por estados de crisis, es decir, por un acontecimiento mental, o una serie de ellos, cuya asociación, reforzamiento o sustitución de uno por el otro constituyen sistemas que van de una fase inestable y conflictual a un nuevo estado de estabilidad”.

Lo antedicho fundamenta nuestro planteo en relación con la interpretación y el psicoanálisis del adolescente.

Partimos de la importancia del trabajo de separación y de individuación durante la crisis adolescente, que marca de manera singular la relación transferencial. (¹)

Como una aproximación metapsicológica, lo describe como un trabajo psíquico. La interpretación, como consecuencia inevitable, estará destinada a develarle este camino.

¹ Este concepto de separación e individuación ha sido anteriormente tratado por Peter Blos, quien a partir de M. Mahler describe un segundo proceso de individuación. Posteriormente es Braconnier quien lo retorna de un modo particular en una doble acepción, considerando a ésta una noción dinámica aplicable a los procesos del adolescente: Desde un punto de vista metafórico, como un reino “entre dos” tomado de una cita de Freud en una carta a Fliess: separación entre masculino y femenino, entre ilusión y desilusión, entre vida y muerte.

Tenemos que pensar en que en el encuentro terapéutico con el adolescente el tiempo es un factor fundamental. En este encuentro, el papel del analista es el de avanzar junto al adolescente en el camino de su transformación.

Las interpretaciones, que están destinadas a mostrarle lo desconocido, inconsciente para él, son rechazadas por ser vividas como una intrusión. Esto sucede incluso con interpretaciones muy clarificadoras. Ellas no posibilitan una buena elaboración, se vuelven aplastantes para el frágil narcisismo de ese adolescente y perturban el vínculo con el analista. La estrofa citada al comienzo, perteneciente a una canción popular expresa con aparente sencillez algo de esta actitud.

Dadas estas características, la transferencia que se establece o se instala durante el análisis no es siempre del tipo de las neurosis de transferencia, sino que por momentos se instala en una transferencia narcisista.

La empatía del analista, que consiste en una identificación transitoria con el paciente, se vuelve el instrumento fundamental para la comprensión del narcisismo adolescente. Su acepción se aproxima a lo que Racker llamó contratransferencia concordante.

La interpretación generalmente apunta a acompañar al paciente, posibilitándole asumir su nueva identidad. Por parte del analista la empatía, como “caja de resonancia”, permitiría quizás el camino más apropiado.

La formulación de una interpretación es en general un proceso complejo en el que no podemos dejar de tomar en cuenta lo que ocurre internamente en el analista cuando escucha hablar a su paciente. Las asociaciones que le despierta pueden ser infinitas, la evocación de un chiste o de un refrán, o de otro paciente. Pero esta experiencia se podrá transformar en una interpretación cuando entre lo que el paciente ha dicho y lo que el analista ha sentido se establezca una conexión. No es suficiente que una interpretación tenga un sentido, es necesario que haya otro que la reciba en el mismo instante.

A cada momento el analista debe tener en cuenta el estado afectivo del paciente, el carácter de la transferencia, el grado de resistencia (Viderman). Pero con los

adolescentes, en tanto éstos no admiten y rechazan todo lo que tiene que ver con el proceso primario, la función de la interpretación será darle los elementos necesarios para que la formule, respetando su tiempo. Este, como dijimos, es un elemento fundamental. Es en su transcurrir que podrá encontrar las condiciones para hacer consciente lo inconsciente.

El adolescente viene al análisis a buscar un nuevo espacio donde pueda encontrar su individualidad, no a revivir su historia que lo llevaría a permanecer “en lo mismo”. Es esto lo que da características especiales a este análisis. Esto no quiere decir que él no haga referencias a su pasado y que el analista no ligue ocasionalmente estas representaciones del pasado a la transferencia. Lo que pretendemos enfatizar es que la parte esencial del análisis se centra en otro punto.

Veamos a través de un fragmento de sesión, que pensamos ilustra bien lo anteriormente dicho, cómo el analista “acompañó” al paciente en su camino de separación, respetando su tiempo en vez de interpretarle como se habría hecho con un adulto.

N., una joven de quince años, manifiesta en una sesión lo siguiente:

N: Mamá dice que nos tenemos que mudar por la distancia. Yo le dije que a mí no me afecta porque un amigo se puede tomar un ómnibus que demora veinticinco minutos. Locomoción hay. A mis amigos no les molestó venir hasta casa...

Por lo general soy yo la que voy a casa de los Otros, porque como mi padre va al Centro, yo aprovecho...

Pero no me parece un criterio ese de mudamos por los amigos... Irme de mi casa... ¡Me moriría!

A: ¡Qué apegada!

N: A todo. Me cuesta desprenderme. Generalmente son cosas materiales. Está mal. Pero con todo es igual. Con la ropa, la regalo a alguien que conozco así la sigo viendo.

Me molesté con mamá porque le regaló una batidora a la empleada... No me gusta pensar en que me voy a ir algún día de casa. Lo mismo del club (Antes

había explicado que a los dieciocho años debe dejar de tomar parte de las actividades del club).

A: Parece que lo que te cuesta es crecer.

N: Y sí. Cuando tenía seis años y miraba a la gente que tenía esta edad, eran enormes. Ahora que paso por esta edad no me siento grande.

No pienso casarme como mi tía a los treinta y siete años. Pero tampoco a los dieciocho o veinte.

Cumplí quince años y no me sentí grande. Mis amigas me llamaban y me preguntaban cómo me sentía con quince años (después de cumplir quince años engordé).

A mí no me gusta cumplir años...

A: Porque cumplir años es ser un año más grande y también abandonar el anterior.

N: Sí. No me gusta. ¡Es que pasa todo tan rápido...! Las hijas de los amigos de mis padres que se casaron, tienen sus casas, y hasta algunas tienen hijos. Pero siguen llamando su cuarto al cuarto de soliera Y no quieren que nadie se lo toque. Pero no sé qué me cuesta más... A: ¿No será el separarte?

N: Y si. Me gustaría volver a épocas ya pasadas. Volver a la escuela. Y ahora, ¡entrar a Preparatorios...!

Hoy es mi último día de vacaciones. No sé si voy a solucionar estas cosas. Pierdo el tiempo. Hay días en que no hago nada...

Como se puede ver, el analista deliberadamente no interpretó los motivos por los que la paciente no quiere separarse, ni el que sus dificultades de crecer tienen que ver con su madre.

En resumen, entendemos que la adolescencia es un trabajo psíquico, en donde crisis implica rupturas que llevan a transformaciones cuyo contenido es fundamentalmente de origen narcisista. Esto plantea en el análisis de adolescentes la dificultad de la interpretación, ya que la transferencia tiene caracteres singulares. La interpretación generalmente apunta a acompañar al adolescente posibilitándole asumir su nuevo ser. Por parte del analista la empatía permitiría el camino quizás más apropiado.

Bibliografía

Arlow, Jacob A.: Lo génesis de la interpretación. Diez años de psicoanálisis en los Estados Unidos (1973—1982). Alianza Ed.

Blos, Peter: Los comienzos de la adolescencia. Amorrortu Editores, 1970.

Braconnier, Alain: Ruptures et séparations. Adolescence 1985 — Tomo 3 —
Núm. 1

Garbarino, Héctor: Estudios sobre narcisismo. Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis, Vol. 2—1986.

Garbarino, H.: Freire de Garbarino, Mercedes: Maggi de Macedo, Irene: Técnicas en psicoanálisis del adolescente. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. N° 65, 1987. pp. 55-62.

Maggi de Macedo, I.: “Fulguratio” . Reflexiones sobre la adolescencia y algunas de sus vicisitudes.

Videman, Serge: La constriiction de l’espace analytique. Ed. Denoël, 1970.

Winnicott, D W La familia y el desarrollo del individuo. Ed. Hormé 1967.
— Realidad y juego. Ed. Gedisa. 1985.